

# *ANNA Y EL ÁRBOL*

*Por Veronica Crousse*

Discurso en Homenaje a Anna Maccagno en la Presentación de Textos Arte 2021.  
Martes 23 de noviembre de 2021.

Estamos reunidos como miembros de la comunidad de la Especialidad de Escultura y de la Facultad de Arte y Diseño, en una doble celebración: la alegría de recordar a Anna y los 30 años ininterrumpidos de Textos Arte. Quiero empezar estas palabras felicitando al comité editor, así como a todos quienes han contribuido generosamente con el contenido de la revista, por el gran trabajo, cariño y cuidado con los que han hecho posible este número doble. Esta nueva entrega de Textos Arte es una muestra tangible de ese impulso que, desde su creación, Anna imprimió en la especialidad.

Sigo recordando a Anna. Su práctica artística entretejió la producción de una obra escultórica de múltiples formatos, desde lo objetual y autosuficiente, a su obra en espacios religiosos, formando parte de un espacio de comunión y experiencia integral, dialogando con la arquitectura, con los vitrales, integrando materia, espacio, luz y color.

Cuando tuvo que “colgar sus herramientas” y detener su producción artística debido a las lesiones que el duro trabajo le habían ocasionado en manos y hombro, volcó toda su fuerza creadora en la docencia, desarrollando a un nivel excelso un aspecto que rebasa la práctica artística misma: su poder formativo. Formar personas, formar artistas, mantuvo en ejercicio sus fibras de constructora de formas, erigiendo profundamente, día a día, el espacio (entendido tanto como espacio físico como ambiente cuidado) para que esa formación pueda suceder. Jorge Villacorta, en una cita contenida en esta edición de la revista, se refiere a la relación entre su práctica artística y pedagógica:

Si Anna desembocó en el silencio y tal vez en lo que podríamos llamar la no producción de obra, no la hace necesariamente menos artista. Es más, es difícil imaginar una práctica pedagógica como la de ella que no hubiera sabido de la dimensión de artista que habitaba en su persona (Villacorta, 2004, p.98).

Su propia producción encontró una continuidad en la construcción de ese espacio que ofrecía a artistas en formación, la posibilidad de conocer el mundo a través del tránsito por el ejercicio creativo y el transformar ideas en experiencia sensorial y estética.

La escultura y la formación a través del arte, son las dos vertientes de su actividad creativa. En ella confluye el instinto generoso propio del verdadero artista y del verdadero educador, ese instinto por el que, en ambas vertientes, pacientemente crea, modela y da forma, a través de una práctica fina, inteligente, profunda y comprometida con la búsqueda de un camino que lo acerque a esencias y verdades. Sobre esa difícil búsqueda, intrínseca en el proceso formativo de un artista, Johanna escribió sobre lo importante que fue para ella el acompañamiento de Anna:

Anna: mujer de piel dura y manos de tierra, transparente y clara, de mirada nítida y sin medias tintas. Luminosa viajera de las formas. Te veo precisa –exacta y segura-, rescatándome del caos de lo informe, de esa magma confusa de mis ideas. Focalizándome hacia el punto de lo concreto, de lo tangible, de lo que está fuera de mi y existe por sí mismo. Llevándome hacia la comprensión de las categorías plásticas, hacia mi conciencia. Hasta que en mi corazón lleguen a calzar la forma con el fondo. (Hamann, 2003, p.90).

Y cómo no recordar y agradecer a Johanna por todo lo que ella construyó, y cuántos caminos de jóvenes artistas también acompañó.

Ser artista no es lo mismo que ser artista educador, y es que este último tiene, además de la pulsión de crear, otra, igualmente potente, de compartir esta pulsión, fomentando su aparición y cuidando su desarrollo en el otro. Gracias a esta labor, permite que el arte quiebre el ensimismamiento del momento creativo, se proyecte a los demás y se desarrolle a través de las generaciones. En Anna confluyó el ser artista y el ser artista educador, haciendo que su legado sea multidimensional: su obra artística, que lleva la fuerza de las ideas impregnadas en la concreción escultórica y su obra como formadora de artistas, que es dinámica, vital, que se proyecta multidireccionalmente en el espacio y se multiplica en el tiempo.

En esta reunión virtual, que como dijo Marta, nos permite reencontrarnos con amigos, compañeros, colegas, no quiero terminar estas palabras sin antes referirme al Patio de Escultura, ese espacio concreto y compartido, donde todo ha sucedido. Creo que las generaciones de creadores que tanto Anna como Johanna fueron construyendo, se encarnan simbólicamente en el árbol del patio, ese gran ficus nunca podado y que ha ido creciendo y tomando su forma natural, donde cada rama, cada hoja, tiene su espacio.

Me gusta ver ese ficus como el árbol genealógico de la especialidad: ese plantón que Anna y César Campos sembraron hace alrededor de 50 años, ha ido profundizando sus raíces y engrosando su tronco para sostener las ramas que se han ido sumando. Este árbol como una presencia tutelar, ha construido ese espacio sombreado y cobijado, ese espacio de creación cuidada, compartido por las distintas generaciones de escultores. Ha visto aparecer, año tras año, nuevos brotes, nuevas ramas, nuevos escultores, nuevos docentes, manteniendo vivo ese ideal y ese impulso creador que nos compromete a seguir construyendo día a día nuestra especialidad.

Gracias Anna.



Patio de Escultura 2020, foto por Veronica Crousse.

## *Referencias*

Hamann, J. (2003). Anna, viajera de las formas. En: Homenaje a Anna Maccagno. I Simposio sobre la Escultura Peruana del Siglo XX. Facultad de Arte de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Fondo Editorial. p.90.

Villacorta, J. (2004). El aporte pedagógico de Anna Maccagno. En: Textos Arte. Enero de 2005. pp.95-98.

• DEC 72

